

OBRAS DE SAN JUAN DE ÁVILA

TOMO I

AUDI, FILIA.
DOCUMENTOS ESPIRITUALES
PLÁTICAS A SACERDOTES

Editorial

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44 - 41003 SEVILLA

Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78

www.apostoladomariano.com

Con licencia eclesiástica

ISBN: 978-84-7770-675-5

Depósito legal: M. 39.442-2007

Impreso en España - *Printed in Spain*

Por: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)

PROLOGO EDITORIAL

Las OBRAS del B. Maestro Juan de Avila son todas póstumas: A dos beneméritos sacerdotes, discípulos suyos y herederos de sus manuscritos, los PP. Juan de Villarás y Juan Díaz, debe la espiritualidad cristiana; y en particular las Letras españolas, el tesoro de estos escritos inmortales. Ambos en colaboración publicaron primero el AUDI, FILIA (1574) y luego el EPISTOLARIO ESPIRITUAL (1578); y de uno y otro libro multiplicaron las ediciones. Juntos prepararon Memoriales para la VIDA que escribió el ya octogenario Fr. Luis de Granada. En 1581 Juan Díaz, pariente del P. Avila, se presentó a Santa Teresa de Jesús solicitando alistarse en la Reforma Carmelitana y brindando a la Santa con preciosos manuscritos del Maestro. Siete años después (1588) publica en Madrid un tomo de OBRAS, que contiene la VIDA, el EPISTOLARIO (selección de 67 cartas) y el AUDI, FILIA; y por último logra dar cima a la primera edición, en cierto modo completa, de las OBRAS DEL P. MAESTRO AVILA (2), divididas en tres partes: 1.^a La VIDA y el AUDI, FILIA. 2.^a El EPISTOLARIO ESPIRITUAL (selección de cien cartas), dividido en tres partes; y 3.^a Los 27 Trata-

(1) *Obras de Santa Teresa de Jesús*, por el P. Silverio de Santa Teresa. Tomo IX, carta CCCLXVI, pág. 60.

(2) Madrid, 1595-1596. García de Diego, al describir en el *Epistolario espiritual* (edic. Lectura, pág. XXIV) esta tercera parte, toma por primera edición la segunda de Sevilla (1603) y parece desconocer la primera edición, hecha en Madrid, en casa de Pedro Madrigal, año 1596.

dos del Santísimo Sacramento, cinco del Espíritu Santo y once sobre las festividades de Nuestra Señora.

Las diversas ediciones del AUDI, FILIA y del EPISTOLARIO, publicadas por Juan de Villarás y Juan Díaz, presentan un texto generalmente uniforme, aunque no exento de variantes, la mayor parte de carácter gramatical, sin que nos sea posible, mientras no aparezcan los autógrafos, determinar qué edición reproduce en cada variante con más exactitud el texto del autor.

Desde el siglo XVII hasta nuestros días han visto la luz buen número de cartas, varios tratados y otras obras del Maestro. Sabemos que aun guardan los archivos algún escrito a lo menos parcialmente inédito, cuya publicación prepara uno de nuestros hermanos, y copias antiguas de lo ya publicado, esperando al investigador que saque a luz completas y depuradas las OBRAS del B. Avila, resueltas las numerosas incógnitas que rodean su persona y sus escritos, y levante el glorioso pedestal que la Iglesia española debe, hace cuatro siglos, a la excelsa figura de su Maestro el Apóstol de Andalucía.

Entretanto, el APOSTOLADO DE LA PRENSA ofrece al público de habla española su segunda edición de las OBRAS ya publicadas, pero con notables mejoras en la presentación y en el texto. Cotejando la edición del P. Montaña (1901) con las antiguas de los PP. Villarás y Díaz, se han subsanado innumerables errores acumulados durante tres siglos. Sólo en las primeras cien páginas del AUDI, FILIA (Montaña, t. II, págs. 25-125) se han rectificado ciento cincuenta erratas, algunas que pervierten o destruyen el sentido, otras que lo oscurecen, y muchas que afean y hacen incorrecta la frase. Además se han dividido lógicamente los párrafos y rectificado la puntuación, cosas tan indispensables para la fácil lectura e inteligencia del texto. Se han verificado innumerables citas de la Sagrada Escritura, etc., etc.

Una palabra en particular sobre las obras contenidas en este tomo I.

AUDI, FILIA. En el Prólogo del autor se habla de la primera redacción de este precioso libro (hacia 1530), que el autor destinó a su primogénita en el espíri-

tu, doña Sancha Carrillo (1); de la edición clandestina (Alcalá, 1556) y de la redacción definitiva que el autor firmaba en 1557. De ambas redacciones escribe Fr. Luis de Granada (2): «A esta esposa de Cristo [doña Sancha] escribió el P. Avila aquel excelente tratado de AUDI, FILIA, ET VIDE, etc., que es muy acomodado al estado del propósito virginal; el cual estimaba ella en tanto, que lo llamaba Mi tesoro. Mas después de los días de ella lo acrecentó el Padre y enriqueció con tantas y tan graves y devotas sentencias, que con mucha razón se puede llamar un gran tesoro.»

Aunque el autor vivió todavía doce años después de refundir su obra, no llegó en sus días a verla publicada. Así se deduce de la aprobación que el Padre Bartolomé de Isla, de la Compañía de Jesús, dió para la edición de 1574, la cual reproducimos a continuación de este Prólogo editorial.

Una palabra sobre el título de la obra. La edición clandestina de Alcalá se titulaba Audi, filia, y con este nombre fué condenada por el Santo Oficio. Los editores de la primera edición auténtica, para evitar equivocaciones peligrosas, sustituyeron aquel título por este otro: «Libro espiritual de los malos lenguajes del mundo, carne y demonio, y de los remedios contra ellos. De la fe...» (Sigue un sumario de lo principal que en el libro se contiene.) Así se intituló la edición de 1574.

Pero ya en la segunda edición (Salamanca, 1575) los editores lo abreviaron así:

«Libro espiritual sobre el verso Audi, filia, et, vide, etcétera», y dejaron para el subtítulo todo lo demás, como el lector verá en nuestra edición.

Reproducimos el texto de la edición de Salamanca, bastante correcto; pero alguna vez lo mejoramos, aceptando la lección de las OBRAS (1595) esmeradamente editadas.

(1) Debe leerse la *Vida de doña Sancha Carrillo*, por el P. Martín de Roa. (Edic. Apostolado de la Prensa.)

(2) *Vida del P. Maestro Avila, y partes que ha de tener un predicador evangélico*, por el P. Fr. Luis de Granada, página 185. (Edic. Apostolado de la Prensa, 1935.)

EPISTOLARIO ESPIRITUAL. *Tenemos a la vista la primera edición (Madrid, 1578), dividida en dos partes; cada una en un tomito de bolsillo: en total, 147 cartas (1).*

Las OBRAS de 1588 sólo traen una selección de 67 cartas; las OBRAS de 1595 traen una selección de 100 cartas, divididas en tres partes: en la tercera parte se encuentran 30 cartas no incluidas en el primitivo epistolario de 1578.

Los editores del siglo XVII dividieron el EPISTOLARIO en cuatro partes sistematizadas, según los diversos estados (eclesiásticos, religiosas, señoras casadas y caballeros), en lo cual cometieron varios errores, por no conocer ya los destinatarios. Pero sobre todo no recogieron todas las cartas publicadas. En la primera edición encontramos varias que no han pasado a las ediciones modernas.

Siendo indispensable rectificar semejantes errores, y careciendo de datos para restablecer el orden cronológico, que sería el más racional, nos hemos decidido a restablecer el orden de las ediciones primitivas (2). Dividimos, pues, el EPISTOLARIO en cuatro partes no sistematizadas. La primera y segunda parte reproducen el primitivo Epistolario de 1578, tal como fué conocido y citado por nuestros grandes escritores del Siglo de Oro: Fr. Luis de Granada, Alonso Rodríguez, Luis de la Palma, etc. Nuestra tercera parte contiene las 30 cartas que la edición OBRAS de 1595 añade sobre el Epistolario de 1578. Nuestra cuarta parte recoge las que vieron la luz con posterioridad al siglo XVI; y deja abierta la serie numérica para recibir los nuevos hallazgos que no dudas vendrán a enriquecer el EPISTOLARIO.

Los epígrafes y sumarios no son del autor, sino de los editores. Respetamos generalmente los primiti-

(1) Algunas no aparecen en el Índice; de ahí que algunos le atribuyan erróneamente sólo 143 cartas.

(2) Prescindimos también del número de orden de nuestra edición de 1927. Un índice clasificado substituirá ventajosamente a la división sistemática de las ediciones anteriores.

vos; pero si tal vez resultan difusos o incoloros, los abreviamos o hacemos más expresivos.

Para fijar el texto de la primera y segunda parte seguimos la edición de 1578, rectificada con las de 1588 y sobre todo con la de 1595; sólo ésta nos sirve de guía en nuestra tercera parte, y en la cuarta nos atenemos a la de 1618 y las ediciones modernas.

De los otros escritos menores se habla en su propio lugar.

LIBRO ESPIRITUAL

sobre el verso

AUDI, FILIA, ET VIDE, ETC.

Ps. 44, 11 y 12.

Que trata de los malos lenguajes del mundo, carne y demonio, y de los remedios contra ellos; de la fe y del propio conocimiento; de la penitencia, de la oración, meditación y pasión de nuestro Señor Jesucristo, y del amor de los prójimos. Compuesto por el Reverendo Padre Maestro Avila, predicador en el Andalucía.



APROBACION
DEL PADRE BARTOLOME DE ISLA

Aunque en todo tiempo se ha de desear con mucha razón la buena doctrina de los libros, mucho más en éste, en que vemos cuánto el demonio se esfuerza a sembrar por sus ministros, por las vías posibles, la suya endemoniada hasta en los libros de romance, con que el pueblo cristiano se ayuda para aprovecharse en la virtud. Y por esta causa me parece se debe estimar en mucho esta obra del Padre Maestro Avila, que se intitula: De los malos lenguajes del mundo, carne y demonio, etc. Que aunque antes de agora se imprimió debajo de otro titulo y con el nombre deste mismo autor, en hecho de verdad, ni él lo supo, ni para la tal impresión, si lo supiera, diera su consentimiento, por no haberla entonces acabado de reveer. Ahora se ha presentado ante los Señores del Consejo Real de su Majestad, por cuyo mandado yo la he visto, y me parece muy digna de que se mande imprimir, por ser la materia muy útil, y la doctrina muy católica y segura, y que procede con grande propiedad y espíritu en lo que conviene para instruir a una alma en todo género de virtud y santidad.

En este Colegio de la Compañía de Jesús, de Madrid, hoy jueves 26 de Noviembre 1573 años.

BARTOLOMÉ DE ISLA.

PROLOGO DEL AUTOR

AL CRISTIANO LECTOR

Veintisiete años ha, cristiano lector, que escribí a una religiosa doncella, que muchos años ha que es difunta, un TRATADO sobre el verso del Salmo, que comienza: Oye, hija, y ve; y aunque muchos de mis amigos me habían afirmado muchas veces que, corregido el TRATADO y poniéndolo en orden para imprimirse, recibirían provecho los ánimos de los que lo leyesen, no había salido a ello, por parecerme que para quien se quiere aprovechar de leer en romance hay tantos libros buenos, que éste no les era necesario; y para quien no, también sería éste superfluo, como los otros. Y ayudábame a esto mi enfermedad continua de casi ocho años, que basta por ejercicio; y así se había quedado el TRATADO sin imprimirlo, y aun sin acordarme de él, hasta que el año pasado, vencido ya de ruegos de amigos, comenzaba poco a poco a corregirlo y añadir para que se imprimiese, aunque sabía lo mucho que me había de costar de mi salud.

Al cabo de pocos dias supe que se había impreso un Tratado sobre este mismo verso, y con título de mi nombre, en Alcalá de Henares, en casa de Juan Brocar, año de 1556 (1). Maravilléme de que hubiese quien se atreva a imprimir libro la primera vez sin la corrección del autor, y mucho más de que alguno diese por autor de un libro a quien primero no pre-

(1) No ha llegado a nosotros ningún ejemplar de esta edición clandestina. Cítala Catalina García, *Tipografía complutense*, núm. 285, donde llama al autor *Fray Juan de Avila*!

guntase si lo es; y procuré con más cuidado entender en lo comenzado para que, impreso este TRATADO, el otro se desacreditase. Mas las enfermedades que después acá aún han crecido, y haber añadido algunas cosas, han sido causa para que más presto no se acabase. Ahora que va, recíbelo con caridad, y no tengas el otro por mío ni le des crédito. Y no te digo esto solamente por aquel Tratado, mas también por si otros vieres impresos en mi nombre hasta el día de hoy, porque yo no he puesto en orden cosa alguna para imprimir, sino una declaración de los diez Mandamientos que cantan los niños de la doctrina y este TRATADO de ahora.

Y también te aviso que, a las escrituras de mano que con título de mi nombre vieren a ti, no las tengas por mías si no conocieres mi letra o firma, aunque también en esto hay que mirar, porque algunos han procurado de contrahacerlo.

También me parece avisarte de que, como este libro fué escrito a aquella religiosa doncella que dije, la cual, y las de su calidad, han menester más esforzarlas el corazón con confianza que atemorizarlas con rigor, así va enderezado más a lo primero que a lo segundo. Mas si la disposición de tu ánima pide más rigor de justicia que blandura de misericordia, toma de aquí lo que hallares que te conviene, y deja lo otro para otros que lo habrán menester.

Y todo el libro, con el autor, va sujeto a la corrección de nuestra Madre la Santa Iglesia Romana.

BREVE SUMA

DE TODO LO QUE SE TRATA EN ESTE LIBRO

Para que tengas una breve suma de lo que en este libro se trata has de saber que desde el

Cap. 2-4 se trata del mal lenguaje del mundo.

Cap. 5-16, del mal lenguaje de la carne.

Cap. 17-30, de los engaños del demonio.

Y en cada parte de éstas se ponen algunos remedios contra estos malos lenguajes.

Cap. 30-42, de algunos motivos para probar que la fe católica es verdadera.

Cap. 43-49, de la misma fe católica, infundida por la misericordia de Dios, y de cómo algunas veces la quita Dios en castigo de los pecados.

Cap. 50-55, de algunos engaños acerca de sentimientos espirituales y sus remedios.

Cap. 56-67, del propio conocimiento.

Cap. 68-84, de la oración y meditación, y de la penitencia, y de la pasión de N. S. Jesucristo.

Cap. 85-93, de cómo Dios nos oye, y nos mira con misericordia y amor por merecimientos de N. S. Jesucristo.

Cap. 94-96, del amor de los prójimos.

Cap. 97-102, de cómo hemos de salir de nuestro pueblo y de nuestra voluntad y despreciar el linaje de la carne.

Cap. 103-113, de cómo la hermosura del ánima, que se pierde por el pecado, se recobra por los merecimientos de Jesucristo, N. S., y por la penitencia. A cuya misericordia plega de dar gracia para que lo leas para tu provecho y para su gloria.

CAPITULO PRIMERO

En que se trata cuánto nos conviene oír a Dios; y del admirable lenguaje que nuestros Padres primeros tenían en el estado de la inocencia, a el cual perdido por el pecado, sucedieron muchos muy malos.

«Oye, Hija, y ve, e inclina tu oreja, y olvida tu pueblo, y la casa de tu padre, y codiciará el Rey tu hermosura.»

(Ps. 44, 11.)

Estas palabras, devota Esposa de Jesucristo, dice el Profeta David—o por mejor decir, Dios en él—a la Iglesia cristiana, amonestándole lo que debe hacer para que el gran Rey Jesucristo la ame, de lo cual a ella se le siguen todos los bienes. Y porque vuestra ánima es una de las de esta Iglesia—por la gran misericordia de Dios—parecióme declarároslas, invocando primero el fávör del Espíritu Santo, para que rija mi pluma y apareje vuestro corazón, para que ni yo hable mal, ni vos oigáis sin fruto; mas lo uno y lo otro sea a perpetua honra de Dios y a aplacimientó (1) de su santa voluntad.

Lo primero que nos es amonestado en estas palabras es que *oigamos*; y no sin causa, porque como el principio de la vida espiritual sea *la fe*, y esta entre en el ánima, como dice San Pablo (Rom., 10, 17), *mediante el oír*, razón es que seamos amonestados primero de lo que primero nos conviene hacer. Porque muy poco aprovecha que suene la voz de la verdad divina en lo de fuera, si no hay orejas que la

(1) *Aplacimientó*: complacimientó, agrado.

quieran oír en lo de dentro. Ni nos basta que cuando fuimos bautizados nos metiese el sacerdote el dedo en los oídos, diciendo que *fuesen abiertos* (2), si los tenemos cerrados a la palabra de Dios, cumpliéndose en nosotros lo que de los ídolos dice el Profeta David (Ps., 113, 4): *Ojos tienen y no ven; orejas tienen y no oyen*.

Mas porque algunos hablan tan mal, que oírlos es oír sirenas, que matan a sus oyentes, es bien que veamos a quién tenemos de oír y a quién no. Para lo cual es de notar, que Adán y Eva, cuando fueron criados, un solo lenguaje hablaban, y aquél duró en el mundo hasta que la soberbia de los hombres, que quisieron edificar la torre de la *confusión* (3), fué castigada con que, en lugar de un lenguaje con que todos se entendían, sucediese muchedumbre de lenguajes, con los cuales unos a otros no se entendiesen. En lo cual se nos da a entender que nuestros primeros padres, antes que se levantasen contra el que los crió, quebrantando con atrevida soberbia su mandamiento, un solo lenguaje espiritual hablaban en su ánima, el cual era una perfecta concordia que tenía uno con otro, y cada uno consigo mismo y con Dios; viviendo en el quieto estado de la inocencia, obedeciendo la parte sensitiva a la racional, y la racional a Dios; y así estaba[n] en paz con Él, y se entendían muy bien a sí mismos, y tenían paz uno con otro. Mas como se levantaron con desobediencia atrevida contra el Señor de los cielos, fueron castigados—y nosotros con ellos—en que en lugar de un lenguaje, y bueno, y con que bien se entendían, sucedan otros muy malos e innumerables, llenos de tal confusión y tiniebla, que ni convengan unos hombres con otros, ni uno consigo mismo y menos con Dios.

Y aunque estos lenguajes no tengan orden en sí, pues son el mismo desorden, mas para hablar de ellos, reduzcámoslos al orden y número de *tres*, que son: lenguaje de *mundo*, *carne* y *diablo*; cuyos ofi-

(2) *Ephpheta*, que significa *Abrete*. (Ceremonial del Bautismo.)

(3) *Babel* significa confusión. (Véase Gén. 11, 18.)

cios, como San Bernardo dice, son del primero, hablar cosas vanas; del segundo, cosas regaladas; del tercero, cosas malas y amargas.

CAPITULO 2

Que no debemos oír el lenguaje del mundo y honra vana; y cuán grande señorío tiene sobre los corazones de los que la siguen, y cuál será el castigo de los tales.

El lenguaje del mundo no le hemos de oír, porque es todo mentiras, y muy perjudiciales para quien las creyere, haciéndole que no siga la verdad que es, sino la mentira que tiene apariencia y se usa. Y con esto engañado el hombre, echa tras sus espaldas a Dios y a su santo agradamiento, y ordena su vida por el ciego norte del aplacimientto del mundo, y engéndrasele un corazón deseoso de honra y de ser estimado de hombres; semejable al de los antiguos soberbios romanos, de los cuales dice San Agustín que por amor de la honra mundana deseaban vivir, y por ella no temieron morir. Précianla tanto, que en ninguna manera pueden sufrir ni una liviana palabra que contra ella se diga, ni cosa que sepa ni huela a desprecio ni de muy lejos. Antes hay en esto tantas sutilezas y puntos, que por maravilla hay quien se escape de no tropezar en alguno de ellos, y ofender al sensible mundano, y aun muchas veces sin pensar que le ofende. Mas éstos tan fáciles en el sentir el desprecio, ¡cuán difíciles y pesados son en lo despreciar y en lo perdonar! Y si alguno lo quisiere hacer, qué tropel de falsos amigos y de parientes se levantarán contra él, y alegarán tales leyes y fueros del mundo, que de ellos se concluya que es mejor perder la hacienda, salud, casa y mujer e hijos; y aun esto les parece poco, pues dicen que se pierda la vida del cuerpo y del ánima, y todo lo de la tierra y del cielo; y que el mismo Dios y su Ley sean tenidos en poco y puestos debajo de los pies, porque la vanísima honra no se pierda, y sea estimada obre todas las cosas y sobre el mismo Dios.

¡Oh honra vana, condenada por Cristo en la cruz a costa de sus grandes deshonras! ¿Y quién te dió asiento en el templo de Dios, que es el corazón cristiano, con tan grande estima, que a semejanza del Anticristo, quieras tú ser máspreciada que el Altísimo Dios? ¿Quién te hizo competidora con Dios, y que le lleves ventaja en algunos corazones, en serpreciada más que Él, renovándole aquella grave injuria que le fué hecha cuando quisieron a Barrabás más que a Él? (*Jn.*, 18, 40.) Grande por cierto es tu tiranía en los corazones de los sujetos a ti, y con gran presteza y facilidad te hacen servicio, por costoso que sea. Pensaba Aarón (*Ex.*, 32, 24) que por pedir él los zarcillos de oro, que traían en las orejas las mujeres e hijos e hijas de aquellos que le pedían ídolo a él, que por no ver despojados a los que amaban, se apartarían de la mala demanda del falso dios; y no fué así, porque no [bien] fueron pedidos cuando fueron dados. Ni se tuvo cuenta, ni se tiene, con lo que han menester casa ni hijos, con [tal] que haya ídolo de honra, al cual sacrifiquen. Y acaece muchas veces, que algunos de los que te sirven entienden cuán vana cosa y sin tomo eres, y cuán perdida cosa es seguirte; y pudiendo librarse de tu grave yugo con sólo romper contigo, es tanta su flaqueza y miseria, que eligen más reventar, y hacer contra la honra de Dios, que descansar y honrar a Dios huyendo de ti.

Serviréis a dioses ajenos de día y de noche (*Jerem.*, 16, 13), echa Dios por maldición a los que sirven a los falsos dioses; y cúmplase muy bien en los que adoran la honra. Hablando San Juan (12, 43) de una gente principal de Jerusalén, que creyeron en Cristo, mas no osaron publicarse por suyos por respeto de los hombres, dice de ellos con gran vituperio que *amaron más la honra de los hombres que la honra de Dios*. Lo cual con mucha razón se puede decir de estos amadores de la honra, pues vemos que por no ser despreciados de los hombres desprecian a Dios, cuya Ley se avergüenzan de seguir, por no ser avergonzados de los hombres.

Mas hagan lo que quisieren; honren su honra hasta que no puedan más; que fija y firme está la senten-

cia pronunciada contra ellos por Jesucristo, soberano Juez, que dice (Lc., 9, 26): *Quien se avergonzare de Mí y de mis palabras, avergonzarse ha de él el Hijo de la Virgen; cuando viniere en su Majestad, y de su Padre y de sus ángeles* Y entonces cantarán todos los ángeles y todos los Santos (Ps., 118, 137): *Justo eres, Señor, y justos tus juicios*; que si el vil gusano se avergonzó de seguir al Rey de la Majestad, que Tú, Señor, te avergüences, siendo la misma honra y alteza, de que una cosa tan baja y tan mala esté en compañía de los tuyos y tuya. ¡Oh, con qué ímpetu (Apoc., 18, 21) será entonces echada la honra de Babilonia en los profundos infiernos, en compañía de tormentos del soberbio Lucifer, pues quisieron ser compañeros de él en la culpa de la soberbia! No se burle nadie, ni tenga por pequeño mal el amor de la honra del mundo, pues el Señor, que escudriña los corazones, dijo a los fariseos (Jn., 5, 44): *¿Cómo podéis creer en Mí, pues que buscáis ser honrados unos de otros, y no buscáis la honra que de sólo Dios viene?* Y pues este mal afecto es tan poderoso, que bastó a hacer que no creyesen en Jesucristo, ¿qué mal no podrá?, ¿y quién de él no se santiguará? Por lo cual dijo San Agustín que ninguno sabe qué fuerzas tiene para dañar el amor de la honra vana, sino aquel a quien ella hubiere movido guerra.

CAPITULO 3

De qué remedios nos habemos de aprovechar para despreciar la honra vana del mundo, y de la grande fuerza que Cristo da para la poder vencer.

Mucha ayuda contra este mal nos debía ser, que la misma lumbre natural lo condene; pues nos enseña que el hombre ha de hacer obras dignas de honra, mas no por la honra; merecerla y no preciarla; y que el corazón grande debe despreciar el serpreciado y el ser despreciado; y que ninguna cosa debe tener por grande, sino la virtud.

Mas si con todo esto no tuviere el cristiano cora-

zón para despreciar esta vanidad, alce los ojos a su Señor puesto en cruz, y verle ha tan lleno de deshonras que si bien se pesaren, pueden competir con la grandeza de los tormentos que recibía. Y no sin causa eligió el Señor muerte con extrema deshonra, sino porque conoció cuán poderoso tirano es el amor de la honra en el corazón de muchos; que no dudan de ponerse a la muerte, y huyen del género de la muerte, si es con deshonra. Y para darnos a entender que no nos ha de espantar lo uno ni lo otro, eligió muerte de cruz, en la cual se juntan graves dolores con excesiva deshonra.

Mirad, pues, si ojos tenéis, a Cristo estimado por el más bajo de los hombres, y aviltado (1) con graves deshonras; unas, que la misma muerte de cruz trae consigo, pues era la más infame de todas; y otras con que particularmente ofendieron a nuestro Señor, pues ningún género de gente quedó que no se emplease en le blasfemar, despreciar e injuriar con géneros de deshonras no vistos; y veréis cuán bien cumple lo que predicando había dicho (*Jn.*, 8): *Yo no busco mi honra*. Haced vos así. Y si paráredes las orejas de vuestra ánima a oír con atención aquel lastimero pregón que contra la misma inocencia se dió, pregonando a Jesucristo nuestro Señor por malhechor por las calles de Jerusalén, os confundiréis vos cuando viéredes que os honran, o cuando deseéis ser honrada; y diréis con gemido entrañable: ¡Oh Señor! ¿Vos pregonado por malo, y yo alabada por buena? ¿Qué cosa de mayor dolor? Y no sólo se os quitará la gana de la honra del mundo, mas tendréis gana de ser despreciada, por ser conforme al Señor, *seguir al cual*, como dice la Escritura (*Ecli.*, 23, 38), *es grande honra*. Y entonces diréis con San Pablo (*Gal.*, 6, 14): *No plega a Dios que yo me honre sino en la cruz de Jesucristo nuestro Señor*; y deseareis cumplir lo que el mismo Apóstol dice (*Hebr.*, 13, 13): *Salgamos a Cristo fuera de los reales, imitándole en su deshonra*.

Y si es poderosa cosa el afecto de la honra vana, muy más poderosa es la medicina del ejemplo y gra-

(1.) *Aviltado* (de vil), menospreciado, afrentado.

cia de Cristo, que de tal manera la vencen y desarraigan del corazón, que le hacen sentir que es cosa muy abominable, que viendo un cristiano al Señor de la Majestad bajarse a tales desprecios, se quede el gusano vil hinchado con amor de la honra. Por lo cual el Señor nos convida y esfuerza, con su ejemplo, diciendo (*Jn.*, 16, 33): *Confiad, que yo vencí el mundo*. Como si dijese: Antes que yo acá viniese, cosa recia era tomarse con el mundo engañoso, desechando lo que en él florece, y abrazando lo que él desecha; mas después que contra mí puso todas sus fuerzas, inventando nuevo género de tormentos y deshonoras, todo lo cual yo sufrí sin volverles el rostro, ya no solamente pareció flaco, pues encontró con quien pudo más sufrir; mas aun queda vencido para vuestro provecho, pues con mi ejemplo que yo os di, y fortaleza que os gané, lo podréis ligeramente vencer, sobrepujar y hollar.

Mire el cristiano, que pues el mundo despreció al bendito Hijo de Dios, que es eterna Verdad y Bien sumo, no hay por qué nadie en nada le tenga, ni en nada le crea. Antes mirando que fué engañado en no conocer una tan clarísima luz, y en no honrar al que es verdaderísima honra; aquello repruebe el cristiano, que el mundo aprueba; y aquello precie y ame, que el mundo aborrece y desprecia; huyendo con mucho cuidado de serpreciado de aquel que a su Señor despreció; y teniendo por grande señal de ser amado de Cristo, el ser despreciado del mundo, con Él y por Él.

De lo cual resulta, que así como los que son de este mundo no tienen orejas para escuchar la verdad y doctrina de Dios, antes la desprecian, así el que es del bando de Cristo no las ha de tener para escuchar ni creer las mentiras del mundo. Porque ahora halague, ahora persiga, ahora prometa, ahora amenácea, ahora espante o parezca blando, en todo se engaña y quiere engañar, y con tales ojos lo debemos mirar; pues es cierto que en tantas mentiras y falsas promesas le hemos tomado, que las medias (2) que un hombre dijese, en ninguna cosa nos fiaríamos de él y a duras penas, aunque dijese verdad, le daríamos crédito. No es bien ni mal verdadero lo

(2) *Las medias*: 1a mitad.

que el mundo puede hacer, pues no puede dar ni quitar la gracia de Dios. Ni aun en lo que parece que puede; no puede nada, pues que no puede llegar al *cabello de nuestra cabeza* sin la voluntad del Señor (Lc., 21, 18): y si otra cosa nos quisiere hacer entender, no le creamos. ¿Quién habrá ya que no ose pelear contra un enemigo que no puede nada?

CAPITULO 4

En qué grado y por qué fin es lícito desear la humana honra; y del grandísimo peligro que hay en los oficios honrosos y de mando.

Para que mejor entendáis lo que se os ha dicho, habéis de saber que una cosa es amar la honra o estimación humana por sí misma y parando en ella, y esto es malo segun se ha dicho, y otra cosa es cuando estas cosas se aman por algún buen fin, y esto no es malo.

Claro es que una persona que tiene mando o estado de aprovechar a otros, puede querer aquella honra y estima para tratar su oficio con mayor provecho de los otros; pues que si tienen en poco al que manda, tendrán en poco su mandamiento, aunque sea bueno.

Y no solamente estas personas, mas generalmente todo cristiano debe cumplir lo que está escrito (Eccli., 41, 15): *Ten cuidado de la buena fama*. No porque ha de parar en ella, mas porque ha de ser tal un cristiano, que quienquiera que oyere o viere su vida, dé a Dios gloria; como la solemos dar viendo una rosa, o un árbol con fruto y frescura. Esto es lo que manda el santo Evangelio (Mt., 5, 13), que *luzca nuestra luz delante de los hombres, de manera, que, viendo nuestras buenas obras, den gloria al celestial Padre*, del cual procede todo lo bueno.

Y este intento de la honra de Dios y de aprovechar a los prójimos movió a San Pablo. (2 Cor., 4) a contar de sí mismo grandes y secretas mercedes que nuestro Señor le había hecho, sin tenerse por quebrantador de la Escritura, que dice (Prov., 27): *Alábetela boca ajena, y no la tuya*. Porque contaba él estas sus alabanzas tan sin pegársele nada de

ellas, como si no las hablara; cumpliendo él mismo lo que había dicho a los de Corinto (1 Cor., 7), que *los que tienen mujeres sean como si no las tuviesen, y los que lloran como si no llorasen*, con otras cosas semejables a éstas. En lo cual quiere decir, que aquél provechosamente usa de lo temporal, próspero o adverso, gozoso o triste. que no se le pega el corazón a ello; mas pasa por ello como por cosa vana y que presto se pasa. Y cierto, cuando San Pablo contaba estas cosas de sí, con un corazón las decía, no sólo despreciador de la honra, mas amante del desprecio y deshonor por Jesucristo, *cuya cruz él tenía por honra suprema.* (Gal., 6, 14.) Y de estos tales corazones bien se puede fiar que reciban honra, o digan ellos cosas que aprovechen para tenerla; porque nunca harán estas cosas sino cuando fuere muy menester para algún buen fin.

Mas así como es cosa de mucha virtud tener la cosa como si no la tuviesen, y no pegarse al corazón la honra que de fuera nos dan, así es cosa dificultosa y que muy pocos la alcanzan. Porque, como San Crisóstomo dice: «Andar entre honras y no pegarse al corazón del honrado, es como andar entre hermosas mujeres sin alguna vez mirarlas con ojos no castos.» Y la experiencia nos ha mostrado que las dignidades y lugares de honra muy pocas veces han hecho de malos buenos, y muy muchas de los buenos malos. Porque para sufrir el peso de la honra y ocasiones que vienen con ella, es menester gran fuerza y virtud. Porque, según San Jerónimo dice: «Los montes más altos con mayores vientos son combatidos.» Y cierto es que se requiere mayor virtud para tener mando que para obedecer. Y no sin causa, y gran causa, nuestro soberano Maestro y Señor, que todo lo sabe, huyó de ser elegido por Rey (Jn., 6). Y pues. Él no podía peligrar en estado por alto que fuese, claro está que es doctrina para nuestra flaqueza, que debe ella huir de lo peligroso, pues huyó Él, que estaba seguro.

Y si es atrevimiento muy grande, y contra el ejemplo de Cristo, recibir el estado de honra cuando lo ofrecen, ¿qué será desearlo y qué será procurarlo? Porque para decir cuánto mal es dar dineros por ello, no hay hombre que baste. Cosa es de grandísimo espanto, que pudiendo un hombre andar seguramente por tierra llana, escoja los peligros de an-

dar por la mar; y no con bonanza, sino con tempestades continuas. Porque, según San. Gregorio dice: «¿Qué otra cosa es el poderío de la alteza sino tempestad del ánima?» Y tras estos trabajos y peligros que en lugar alto hay, sucede aquella terrible amenaza dicha por Dios, aunque de pocos oída y sentida (*Sab.*, 6): *Juicio durísimo será hecho en los que tienen mando.* ¿Qué será esto, que siendo el juicio ordinario de Dios tal, que los más estirados en la virtud tiemblan y dicen (*Sal.*, 142, 2): *No entres en juicio con tu siervo, Señor,* hay gente tan atrevida que elija entrar en juicio, no cualquiera, mas estrechísimo y *durísimo*? Y viendo que un Rey Saúl, a quien fué el reino ofrecido de parte de Dios, sin que por ello él se ensalzase ni hiciese caso de él, y aun se escondió por no recibirlo, y fué hallado porque Dios lo manifestó (*1 Reg.*, 10), con todo esto maltratóle tan mal la alteza de la dignidad con sus ocasiones, que habiendo precedido elegirlo Dios, y huirlo él, sucedió tan mala vida y mal fin, que debe poner temor y escarmiento a los que entran en estados de honra, aun llamados y por buena puerta, y muy mayor a los que no entran por tal.

Y cierto, es cosa de maravillar que haya gente tan tasada (1) en el servicio de nuestro Señor, que si les dicen que hagan algo, aunque muy bueno, andan mirando y remirando si es cosa que no les obliga a pecado mortal para no la hacer; porque dicen que son flacos, y no quieren meterse en cosas altas y de perfección, sino andar camino llano, como ellos dicen. Y éstos por una parte tan cobardes en buscar la perfecta virtud para sí mismos, que con la gracia del Señor les fuera fácil de alcanzar, por otra parte son tan atrevidos en meterse en señoríos y mandos y honras, que para usar bien de ellos y sin daño propio, es menester perfecta o aprovechada virtud, que se hacen entender que la tienen, y que darán buena cuenta del lugar alto, sin que peligren sus conciencias en lo que muchos han peligrado. Tanto ciega el deseo de la honra y mandos y de intereses humanos, que a los que no osan acometer lo fácil y seguro, hace acometer lo que está lleno de peligros y dificultad. Y los que no fían de Dios que

(1) *Tasada*: escasa.

les ayudará en las buenas obras que tocan a sí mismos, se prometen con grande osadía que los traerá Dios de la mano en lo que toca a regir a los otros, pudiendo Dios responder con mucha justicia, que pues ellos se metieron en aquel peligro, ellos se ayuden a valerse en él. Porque de estos tales dice Dios (Oseas, 8, 4): *Ellos reinaron, y no por mi parecer: fueron príncipes, y yo no lo supe*. Quiere decir: No lo aprobé. ni me pareció bien. Y quien mirare que desechó Dios de su mano al Rey Saúl, habiéndole el mismo Dios metido en el reino, tendrá mucha razón para desengañarse, pues que no hay quien le asegure de que no sea tan flaco como Saúl, sino la soberbia y gana del mando. Y por muy buena entrada que tenga en él, no será mejor que la de Saúl.

Razón tuvo San Agustín en decir que el lugar alto es necesario para regimiento (2) del pueblo. Aunque cuando se tiene se administre como conviene, mas cuando no se tiene, no es lícito desearlo. Y él decía de sí mismo, que deseaba y procuraba salvarse en el lugar bajo, por no peligrar en el alto. Especialmente se debe esto hacer cuando el tal lugar tiene regimiento de ánimas; lo cual tiene tanta dificultad para hacerse bien, que se llama «arte de artes». Huir se deben estos peligros en cuanto buenamente fuere posible, imitando el ejemplo ya dicho, que el Señor nos dio, en huir de aceptar el reino, y el que nos han dado muchas personas santas y sabias que los han huído con todo su corazón (3). Y para entrar bien en ellos ha de ser o por revelación del Señor, o por obediencia de quien lo puede mandar, o por consejo de persona que entienda muy bien la obligación del oficio y los peligros de él, y tenga el juicio de Dios delante sus ojos, y muy atrás de ellos todo respeto temporal. Y si estas condiciones no se hallaren, será menester que haya tales conjeturas de que Dios es de ello servido, que sean de tanto peso, que pueda el tal hombre fiarse de ellas para entrar en tan grave peligro. Y con todo esto aun hay que temer; y conviene velar y suplicar al Señor, que pues guardó la entrada de mal, guarde también la salida, porque no pare en eterna condenación. Porque a muchos de los

(2) Regimiento: gobierno, régimen.

(3) El M. Avila rehusó las mitras de Segovia y Granada.

que han vivido contentos en estos estados, hemos visto morir con deseo de no los haber tenido, y con grandes temores de lo que primero, a su parecer, estaban seguros. Débese mejor parecer la verdad de las cosas temporales, cuanto el hombre más se aleja de ellas, y más se acerca al juicio de Dios, en el cual hay toda verdad.

CAPITULO 5

De cuánto debemos huir los regalos de la carne; y cómo es peligrosísimo enemigo; y de qué medios nos habemos de aprovechar para vencerlo.

La carne habla regalos y deleites; unas veces claramente, y otras debajo de título de necesidad. Y la guerra de esta enemiga, allende (1) de ser muy enojosa, es más peligrosa, porque combate con deleites, que son armas más fuertes que otras. Lo cual parece en que muchos han sido del deleite vencidos, que no lo fueron por dineros, ni honras, ni recios tormentos. Y no es maravilla, pues es su guerra tan escondida y tan a traición, que es menester mucho aviso para se guardar de ella. ¿Quién creerá que debajo de blandos deleites viene escondida la muerte, y muerte eterna, siendo la muerte lo más amargo que hay, y los deleites el mismo sabor? Copa de oro y ponzoña de dentro, es el falso deleite, con el cual son embriagados los hombres que no miran sino a la apariencia de fuera. Traición es de Joab, que abrazando a Amasás lo mató (2 Reg., 20, 9); y de Judas, que con falsa paz entregó a la muerte a su bendito Maestro. (Lc., 22, 47.) Y así es, que en bebiendo del deleite del pecado mortal, muere Cristo en el alma; y El muerto, el ánima muere; porque la vida de ella viene de Él. Y así dice San Pablo (Rom., 8, 13): *Si según la carne viviéredes, moriréis.* Y en otra parte (1 Tim., 5, 6): *La viuda que en deleites está, viviendo está muerta*: viva en la vida del cuerpo, y muerta en la del ánima. Y cuanto la carne es a nos más conjunta, tanto más nos conviene temerla; pues

(1) *Allende*: además.

el Señor dice (*Mt.*, 10, 36) que *los enemigos del hombre son los de su casa*; y esta no sólo es de casa, mas de dos paredes que tiene nuestra casa, ella es la una.

Y por esta y otras causas que hay, dijo San Agustín que «la pelea de la carne era continua, y la victoria dificultosa»; y quien quisiere salir vencedor, de muchas y muy fuertes armas le conviene ir armado. Porque la preciosa joya de la castidad no se da a todos, mas a los que con muchos sudores de importunas oraciones y de santos trabajos la alcanzan de nuestro Señor. El cual quiso ser envuelto en sábana limpia de lienzo, que pasa por muchas asperezas para venir a ser blanco; para dar a entender que el varón que desea alcanzar o conservar el bien de la castidad, y aposentar a Cristo en sí como en otro sepulcro, conviéndole con mucha costa y trabajos ganar esta limpieza: la cual es tan rica que, por mucho que cueste, siempre se compra barato.

Y así como se piden otros trabajos más ásperos de penitencia y satisfacción al que mucho ha ofendido a nuestro Señor que a quien menos, así, aunque a todos los que en esta carne viven convenga temerla, y guardarse de ella, y enfrenarla, y regirla con prudente templanza, mas los que particularmente son de ella guerreados, particulares remedios y trabajos han menester. Por tanto, quien esta necesidad sintiere en sí mismo, debe primeramente tratar con aspereza su carne, con apocarle la comida y el sueño, con dureza de cama, y de cilicios, y otros convenientes medios con que la trabaje. Porque, según San Jerónimo dice: «Con el ayuno se sanan las pestilencias de la carne»; y San Hilarión, que decía a su propia carne: «Yo te domaré y haré que no tires coces, sino que, de hambrienta y trabajada, pienses antes en comer que en retozar.» Y San Jerónimo aconseja a Eustoquio (2), virgen, que aunque ha sido criada con delicados manjares, tenga gran cuenta con la abstinencia y trabajos del cuerpo, afirmándole que sin esta medicina no podrá poseer la castidad. Y si de aqueste tratamiento se sigue flaqueza a la carne, o daño a la salud, responde el mismo San Jerónimo

(2) Eustoquio se llamaba una virgen de Cristo, hija de Santa Paula, discípula de S. Jerónimo.

en otra parte: «Más vale que duela el estómago, que no el alma; y mejor es que mandes al cuerpo, que no que le sirvas: y que tiemblen las piernas de flaqueza, que no que vacile la castidad.» Verdad es que en otra parte dice que no sean los ayunos tan excesivos, que debiliten el estómago; y en otra parte repiende a algunos que él conocio haber corrido peligro de perder el juicio por la mucha abstinencia y vigiliass.

Para estas cosas no se puede dar una general regla que cuadre a todos; pues unos se hallan bien con unos medios, y otros no; y lo que daña a uno en su salud, a otro no. Y una cosa es ser la guerra tan grande, que pone al hombre a riesgo de perder la castidad, porque entonces a cualquier riesgo conviene poner el cuerpo por quedar con la vida del alma; y otra cosa es pelear con una mediana tentación, de la cual no se teme tanto peligro ni ha menester tanto trabajo para la vencer. Y el tomar en estas cosas el medio que conviene, está a cargo del que fuere guía prudente de la persona tentada; habiendo de parte de entrambos humilde oración al Señor, para que dé en ello su luz. Y pues San Pablo (1 Cor., 9, 27), *vaso de elección* (3), no se fía de su carne, mas dice que *la castiga y la hace servir, porque predicando él a otros que sean buenos, no sea él hallado malo cayendo en algún pecado*, ¿cómo pensaremos nosotros que seremos castos sin castigar nuestro cuerpo, pues tenemos menos virtud que él, y mayores causas para temer? Muy mal se guarda la humildad entre honras, y templanza entre abundancia, y castidad entre los regalos. Y si sería digno de escarnio quien quisiese apagar el fuego que arde en su casa y él mismo le echase leña muy seca, muy más digno de escarnio es quien por una parte desea la castidad, y por otra hinche de manjares y de regalo su carne, y se da a la ociosidad; porque estas cosas no sólo no apagan el fuego encendido, mas bastan a encenderlo a quien muy apagado lo tuviere. Y pues el Profeta Ezequiel (16, 49) da testimonio que la causa por que aquella desventurada ciudad de Sodoma llegó a la cumbre de tan abomi-

(3) *Elección*; las ediciones antiguas, *escogimiento*.

nable pecado, fué la *hartura y abundancia de pan y ociosidad* que tenía, ¿quién osará vivir en regalos ni ocio, ni aun verlos de lejos? pues los que fueron bastantes a hacer el mayor mal, con más facilidad harían los menores. Ame, pues, la templanza y mal tratamiento de su carne quien es amador de la castidad; porque si lo uno quiere tener sin lo otro, no saldrá con ello, mas antes se quedará sin entrambas cosas. *Que a los que Dios juntó; ni los debe el hombre querer apartar* (Mt., 19, 6), ni puede aunque quiera.

CAPITULO 6

De dos causas de las tentaciones sensuales; y qué medios habemos de usar contra ellas cuando nacen de la impugnación del demonio.

Debemos mucho advertir que el remedio que habemos dicho de afligir la carne suele ser provechoso cuando la tentación nace de la misma carne, como suele acaecer a los mozos y a los que tienen buena salud y regalada su carne; y entonces aprovecha poner el remedio en ella, pues está en ella la raíz de la enfermedad.

Mas otras veces viene esta tentación de parte del demonio; y verse ha ser así, en que más combate con pensamientos y feas imaginaciones del ánima, que con feos sentimientos del cuerpo; o si los hay, no es porque la tentación comience en ellos, mas comenzando por pensamientos, resulta el sentimiento en la carne; la cual algunas veces estando flaquísima y como muerta, están los malos pensamientos vivísimos, como a San Jerónimo acaecía, según él lo cuenta. Y tienen también otra señal, que es venir inoportunamente y cuando el hombre menos querría, y menos ocasión hay para ello. Y ni catan reverencia a tiempos de oración, ni de misa, ni lugares sagrados, en los cuales un hombre, por malo que sea, suele tener acatamiento y abstenerse de pensar estas cosas. Y algunas veces son tantos y tales estos pensamientos, que el hombre nunca oyó, ni supo, ni imaginó tales cosas como se le ofrecen. Y en la fuerza con que vienen, y cosas que oye interiormente, siente el

hombre que no nacen de él, sino que otro las dice y las hace. Cuando estas y otras señales semejables hubiere, tened por cierto que es persecución del demonio en la carne, y que no nace de ella, aunque se padece en ella. La cual guerra es más peligrosa que la pasada, por querernos muy mal quien la hace, y por ser enemigo tan infatigable para guerrear, velando y durmiendo, y en todo tiempo y lugar.

Y el remedio de este mal es procurar alguna buena ocupación que ponga en cuidado y trabajo, con el cual pueda olvidar aquellas feas imaginaciones. Y a este intento procuró San Jerónimo, según él mismo lo cuenta, de estudiar la lengua hebrea con mucho trabajo, aunque no sin fruto, y dice: «Haz siempre alguna buena obra porque te halle el demonio bien ocupado.» Y también hablando en este propósito, de cuán provechosa es para esto la vida de los monasterios, le aconseja diciendo: «Y en ella cumplas cada día lo que te fuere encargado, y seas sujeto a quien no querrias, y vayas cansado a la cama, y andando te caigas dormido; y sin haber cumplido con el sueño seas constreñido a te levantar, y digas tu Salmo cuando te viniere, y sirvas a los hermanos, y laves los pies a los huéspedes; y siendo injuriado, calles, y temas como a señor al abad del monasterio, y le ames como a padre, y creas que todo lo que él te mandare es cosa que te conviene, y no juzgues a tus mayores, pues que tu oficio es obedecer y cumplir lo mandado, según dice Moisés (*Deut.*, 6): *Oye, Israel, y calla*. Y estando ocupado en tantos negocios, no tendrás lugar para otros pensamientos; y pasando de una obra en otra, aquello solamente tendrás en la memoria, que de presente eres constreñido a hacer.» Esto dice San Jerónimo. Y conforme a esto, se usaba entonces en los monasterios ejercitar a los mozos en buenas ocupaciones, más que en soledad y larga oración, por el peligro que de parte de su carne y pasiones no mortificadas les puede y suele venir.

Aunque esta regla tiene excepciones, por haber en las personas disposiciones diversas y dones particulares de Dios; por lo cual con justa causa puede darse la oración larga al mozo y quitarse al viejo Y dije que no ocupaban al mozo en larga oración: entiendo de aquella en la cual se gasta casi todo el tiempo,

y se tiene como por oficio. Porque no tener algunos ratos de ella sería yerro muy grande, por los bienes que perdería; y porque aun para bien hacer la oración es menester ganar espíritu y fuerzas en la oración; que de otra manera suelen los ocupados quejarse y andar desabridos, como carro cargado y no untado con la blandura de la devoción.

Y estén advertidos los principiantes a que el demonio particularmente procura de traerles las tales imaginaciones al tiempo de la oración, por hacer que la dejen y descansen él. Porque aunque el demonio nos fatiga mucho con sus tentaciones, mucho más le fatigamos a él y le quemamos nuestras devotas oraciones; y por eso procura que no las hagamos, o que las hagamos mal hechas. Mas nosotros debemos, como a porfía, trabajar todo lo que nos fuere posible por no dejar nuestro ejercicio, pues en la persecución que en él tenemos se demuestra bien cuán provechoso nos es. Y si tanto nos acosare la guerra haciendo la oración mentalmente, y sintiéremos mucho peligro por las tales imaginaciones, debemos a más no poder orar vocalmente, y herir nuestros pechos, lastimar nuestra carne, poner los brazos en cruz, alzar las manos y los ojos al cielo pidiendo socorro a nuestro Señor; de manera que, en fin, se gaste bien aquel rato que para orar teníamos diputado; o hacer algo que nos divierta (1), especialmente hablar con alguna buena persona que nos esfuerce; aunque esto ha de ser a más no poder, porque no se avece nuestra flaqueza a querer vencer huyendo, y nos haga nuestro enemigo perder el lugar de nuestra pelea y las fuerzas de pelear; que, en fin, el Señor piadoso y poderoso mandará, cuando nos convenga, que nuestro adversario calle, y no nos impida nuestra secreta y amigable habla que solíamos tener con él.

(1) *Divierta*: distraiga.

CAPITULO 7

De la grande paz que Dios nuestro Señor da a los que varonilmente pelean contra este enemigo; y de lo mucho que conviene para lo vencer huir familiaridad de mujeres.

Todas estas escaramuzas se suelen pasar en esta guerra de la castidad, cuando el Señor lo permite para probar sus caballeros, si de verdad le aman a Él y a la castidad por quien pelean. Y después de hallados fieles, envía su omnipotente favor, y manda a nuestro adversario que no nos impida nuestra paz ni nuestra secreta habla con Él. Y goza el hombre entonces de lo trabajado, y sábele bien y esle más meritorio.

Es también menester, y muy mucho, para guarda de la castidad, que se evite la conversación familiar de mujeres con hombres, por buenos o parientes que sean. Porque las feas y no pensadas caídas que en el mundo han acaecido acerca de aquesto, nos deben ser un perpetuo amonestador de nuestra flaqueza, y un escarmiento en ajena cabeza, con el cual nos desengañemos de cualquiera falsa seguridad que nuestra soberbia nos quisiere prometer, diciendo que pasaremos sin herida nosotros flacos, en lo que tan fuertes, tan sabios y, lo que más es, tan grandes santos fueron muy gravemente heridos. ¿Quién se fiará de parentesco, leyendo la torpeza de Amnón con su hermana Thamar (2 Reg., 13, 8); con otras muchas tan feas, y más, que en el mundo han acaecido a personas que las ha cegado esta bestial pasión de la carne? ¿Y quién se fiará de santidad suya o ajena, viendo a David, que fué *varón conforme al corazón de Dios*, ser tan ciegamente derribado en muchos y feos pecados por sólo mirar a una mujer? (2 Reg., 11, 2.) ¿Y quién no temblará de su flaqueza oyendo la santidad y sabiduría del rey Salomón, siendo mozo, y sus feas caídas contra la castidad, que le malearon el corazón a la vejez, hasta poner muchedumbre de ídolos y adorarlos, como lo hacían y querían las mujeres que amaba? (3 Reg., 11, 4.) Ninguno en esto se engañe, ni se fíe de castidad pasada o presente,

aunque sienta su ánima muy fuerte, y dura contra este vicio como una piedra; porque gran verdad dijo el experimentado Jerónimo, que: «Animas de hierro, la lujuria las doma.» Y San Agustín no quiso morar con su hermana, diciendo: «Las que conversan con mi hermana no son mis hermanas.» Y por este camino de recatamiento han caminado todos los santos, a los cuales debemos seguir si queremos no errar.

Por tanto, doncella de Cristo, no seáis en esto descuidada; mas oíd y cumplid lo que San Bernardo dice: «Que las vírgenes que verdaderamente son vírgenes, en todas las cosas temen, aun en las seguras.» Y las que así no lo hacen, presto se verán tan miserablemente caídas, cuanto primero estaban con falsa seguridad miserablemente engañadas. Y aunque por la penitencia se alcance el perdón del pecado, no se alcanza la corona de la virginidad perdida, y «cosa fea es, dice San Jerónimo, que la doncella que esperaba corona pida perdón de haberla perdido», como lo sería si tuviese el Rey una hija muy amada, y guardada para la casar conforme a su dignidad, y cuando el tiempo de ello viniese, le dijese la hija que le pedía perdón de no estar para casarse, por haber perdido malamente su virginidad. «Los remedios de la penitencia, dice San Jerónimo, remedios de desdichados son», pues que ninguna desdicha o miseria hay mayor que hacer pecado mortal, para cuyo remedio es menester la penitencia. Y por tanto, debéis trabajar con toda vigilancia por ser leal al que os escogió, y guardar lo que prometisteis, porque no probéis por experiencia lo que está escrito (*Jerem.*, 2, 19): *Conoce y ve cuán mala y amarga cosa es haber dejado al Señor Dios tuyo, y no haber estado su temor en ti; mas gocéis del fruto y nombre de casta esposa, y de la corona que a tales está aparejada.*

CAPITULO 8

Por qué medios suele engañar el demonio a los hombres espirituales con este enemigo de nuestra carne; y del modo que se debe tener para no dejarnos engañar.

Debéis estar advertida, que las caídas de las personas devotas no son al principio entendidas de ellos, y por esto son más de temer. Paréceles primero, que de comunicarse sienten provecho en sus ánimas, y fiados de aquesto usan, como cosa segura, frecuentar más veces la conversación, y de ella se engendra en sus corazones un amor que los cautiva algún tanto, y les hace tomar pena cuando no se ven, y desoansan con verse y hablarse. Y tras esto viene el dar a entender el uno al otro el amor que se tienen; en lo cual y en otras pláticas, ya no tan espirituales como las primeras, se huelgan estar hablando algún rato; y poco a poco la conversación que primero aprovecharía a sus ánimas, ya sienten que las tienen cautivas, con acordarse muchas veces uno de otro, y con el cuidado y deseo de verse algunas veces, y de enviarse amorosos presentes y dulces encomiendas o cartas; «las cuales cosas, con otras semejantes blanduras, como San Jerónimo dice, el santo amor no las tiene.» Y de estos eslabones de uno en otro suelen venir tales fines, que les da muy a su costa a entender que los principios y medios de la conversación, que primero tenían por cosa de Dios, sin sentir mal movimiento ninguno, no eran otro (1) que falsos engaños del astuto demonio, que primero los aseguraba, para después tomarlos en el lazo que les tenía escondido. Y así, después de caídos, aprenden que «hombre y mujer no son sino fuego y estopa», y que el demonio trabaja por los juntar; y juntos, soplarles con mil maneras y artes, para encenderlos aquí en fuegos de carne, y después llevarlos a los del infierno.

Por tanto, doncella, huíd familiaridad de todo va-

(1) Otro: otra cosa.

rón, y guardad hasta el fin de la vida la buena costumbre que habéis tomado, de nunca estar sola con hombre ninguno, salvo con vuestro confesor; y esto, no más de cuanto os confesáis (2), y aun entonces decir con brevedad lo que es menester, sin meter otras pláticas: temiendo la cuenta que de la habla que habláredes o que oyéredes habéis de dar al estrecho Juez. Y tanto más habéis de evitar esto en la confesión, cuanto más es para quitar los pecados hechos y no para cometer otros de nuevo, ni para enfermar con la medicina. Y la Esposa de Cristo, especialmente si es moza, no fácilmente ha de elegir confesor, mas mirando que sea de muy buena y aprobada vida, y fama, y de madura edad. Y de esta manera estará vuestra conciencia segura delante de Dios, y vuestra fama clara y sin mancha delante de los hombres; porque tened entendido que entrambas cosas habéis menester para cumplir con el alteza del estado de virginidad.

Y cuando tal confesor halláredes, dad gracias a nuestro Señor, y obedecedle y amadle como a cosa que Él os dió.

Mas mirad mucho que aunque el amor sea bueno por ser espiritual, puede haber exceso en ello por ser demasiado, y puede poner en peligro al que lo tiene; porque fácil cosa es el amor espiritual pasar en carnal. Y si en esto no tenéis freno, vendréis a tener un corazón tan ocupado, como lo tienen las mujeres casadas con sus maridos e hijos. Y ya vos veis que esto sería gran desacato contra la lealtad que debéis a nuestro Señor, que por Esposo tomasteis. Porque, como dice San Agustín: «Todo aquel lugar ha de ocupar en vuestro corazón Jesucristo, que si os casáredes había de ocupar el marido.» No tengáis, pues, metido en lo más dentro de vuestro corazón a vuestro Padre espiritual, mas tenedle cerca de vuestro corazón, como a amigo del Desposado, no como a esposo. Y la memoria que de él tenéis sea para obrar su doctrina, sin parar más en él, teniéndole por cosa que Dios os dió para que os ayudase a juntaros toda con vuestro celestial Es-

(2) Véase el tratado 2.º de la Santísima Virgen, en el tomo 2.º

posó, sin que él se entremeta en la junta. Y debéis estar aparejada a carecer de él con paciencia, si Dios lo ordenare, en el cual sólo ha de estar colocada vuestra esperanza y arrimo. Y lo que en San Jerónimo leemos del amor y familiaridad que entre él y Santa Paula hubo, conforme a estas reglas fué. Aunque muchas cosas son lícitas y seguras a los que tienen santidad y edad madura, que no lo son a quien les falta lo uno o lo otro, o entrambas cosas. De esta manera, pues, os habéis de haber con el Padre espiritual que eligiéredes, siendo tal cual os he dicho.

Mas si tal no lo halláredes, muy mejor es que os confeséis y comulguéis en el año dos o tres veces (3) y tengáis cuenta con Dios y con vuestros buenos libros en vuestra celda, que no por confesar muchas veces, poner vuestra fama a algún riesgo. Porque si, como dice San Agustín: «La buena fama nos es necesaria a todos para con los prójimos», ¿cuánto más necesaria será a las doncellas de Cristo? La fama de las cuales es muy delicada, según San Ambrosio dice: y tanto, que tener confesor a quien falte alguna calidad de las dichas pone una mancha en su fama de ellas, que por ser en paño tanpreciado y delicado parece muy fea, y en ninguna manera se debe sufrir. Y porque las que se contentan con decir: «No hay mal ninguno; limpia está mi conciencia», y tienen en poco la fama de su honestidad, no se pudiesen favorecer de que a la sacratísima Virgen María le hubiesen impuesto alguna infamia de aquéstras, quiso su benditísimo Hijo que ella fuese casada, eligiendo antes que lo tuviesen a El por hijo de José, no lo siendo, que no que dijese los hombres alguna cosa siniestra de su sacratísima Madre, si la vieran tener hijo y no ser casada. Y por tanto, las que estos escándalos no curan de quitar, busquen con quien se amparar; que lo que de la sacratísima Virgen María y de las santas mujeres pueden aprender es limpieza de dentro, y buena fama y buen ejemplo de fuera, con todo recatamiento en la conversación.

Y aunque de las demasiadas conversaciones ninguna cosa de éstas se siguiera, aun se debían huir;

(3) Notable es este consejo en persona que tanto promovió la comunión frecuente,

porque con pensamientos que traen, quitan la libertad del ánimo para libremente volar con el pensamiento a Dios. Y quitándole aquella pureza que el secreto lugar del corazón, donde Cristo solo quiere morar, había de tener, parece que no está tan solo y cerrado a toda criatura como a tálamo de tan alto Esposo conviene estar; ni del todo parece haber perfecta pureza de castidad, pues hay en él memoria de hombre.

Y habéis de entender que lo que se os ha dicho es cuando hay exceso en la familiaridad o nace escándalo de ella; porque cuando no hay cosa de éstas, no habéis de tratar con quien conviene con turbado o amedrentado corazón; porque de esto suele muchas veces nacer la misma tentación; mas tratar con una santa y prudente simplicidad no descuidada ni maliciosa.

CAPITULO 9

Que uno de los más principales remedios para vencer este enemigo es el ejercicio de la devota y ferviente oración, donde se halla el gusto de las cosas divinas que hace aborrecer las mundanas.

En un capítulo pasado (1) se os dijo cuán fuerte arma es la oración, aunque no muy larga, para pelear contra este vicio. Ahora sabed que si la oración es devota, larga y tal, que en ella se da el gusto, según a algunos es dado, la dulcedumbre divina, no sólo la tal oración es arma para pelear, mas del todo degüella a este vicio bestial. Porque *luchando el ánimo con Dios* a solas, con los brazos de pensamientos y afectos devotos, por un modo muy particular alcanza de Él, como otro Jacob (*Gen.*, 32, 24), que *la bendiga* con muchedumbre de gracias y entrañable suavidad. Y queda herida *en el muslo*, que quiere decir en el sensuai apetito, mortificándose de arte, que de allí en adelante cosquea (2) de él; y queda viva y fuerte en las afecciones espirituales, significadas por el otro muslo que queda sano. Porque así como el gusto de la carne hace perder el

(1) Cap. 6.

(2) *Cosquea*: cojea.

gusto y fuerzas del espíritu, así gustado el espíritu es desabrida toda la carne. Y algunas veces es tanta la dulcedumbre que el ánima gusta siendo visitada de Dios, que la carne no la puede sufrir, y queda tan flaca y caída como lo pudiera estar habiendo pasado por ella alguna larga enfermedad corporal. Aunque acaece otras veces, con la fortificación que el espíritu siente, ser ayudada la carne y cobrar nuevas fuerzas, experimentando en este destierro algo de lo que en el cielo ha de pasar, cuando de estar el ánima bienaventurada en su Dios y llena de indecibles deleites, resulte en el cuerpo fortaleza y deleite, con otros preciosísimos dotes que el Señor ha de dar.

¡Oh soberano Señor, y cuán sin excusa has dejado la culpa de aquellos que, por buscar deleite en las criaturas, te dejan y ofenden a Ti, siendo los deleites que en Ti hay tan de tomo, que todos los de las criaturas que se junten en uno, son una verdadera hiel en comparación de ellos! Y con mucha razón, porque el gozo o deleite que de una cosa se toma es como fruto que la tal cosa de sí da. Y cual es el árbol, tal es el fruto. Y por eso el gozo que se toma de las criaturas es breve, vano, sucio y mezclado con dolor; porque el árbol de que se coge, las mismas condiciones tiene. Mas en el gozo que en Ti, Señor, hay, ¿qué falta o brevedad puede haber, pues que Tú eres eterno, manso, simplicísimo, hermosísimo, inmutable y un bien infinitamente cumplido? El sabor que una perdiz tiene es sabor de perdiz; y el gusto de la criatura sabe a criatura; y quien supiere decir quién eres Tú, Señor, sabrá decir a qué sabes Tú. Sobre todo entendimiento es tu ser, y también lo es *tu dulcedumbre, la cual está guardada y escondida para los que te temen* (Ps. 30, 20) y para aquellos que, por gozar de Ti, renuncian de corazón el gusto de las criaturas. Bien infinito eres, y deleite infinito eres; y por eso, aunque los celestiales Angeles y bienaventurados hombres que en el cielo están y han de estar gozando de Ti, y con fuerzas dadas por Ti, que no son pequeñas, y aunque muchos más sin comparación se juntasen con ellos a gozar de Ti, y con mucho mayores fuerzas, es el mar de tu dulcedumbre tan sin medida, que nadando y andando ellos embriagados y llenos de tu suavidad, que-